



Como dije la semana anterior, la liturgia nos ofrece **dos evangelios sobre la oración**, con dos secuencias: **la insistencia y dos maneras de hacerla**.

Esta parábola, propia de Lucas, es para Schökel muy importante porque describe satíricamente un tipo de religiosidad falsa y le contrapone un personaje auténtico. Los dos son figuras tipo que se pueden dar en cualquier tiempo y en todas las latitudes. **Es una historia ejemplar**.

**18:9** *En aquel tiempo, a algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola:*

Lucas contrapone la oración arrogante del fariseo a la sencilla y confiada del recaudador. La intención parece que se centra en **la formación de todos** ya que algunos se tenían por justos despreciando a los demás. Algunos de los discípulos pertenecen a la mentalidad farisea (16,15).

Esta gente que se creen justos, no son los que tienen una confianza legítima en sí mismos, sino aquellos que solo sobreviven criticando a los demás. Estos personajes, además, tienen la seguridad excesiva de una buena conciencia, y de una conciencia de clase.

**LOS SEGUROS Y JUSTOS.** Jesús no cuenta esta parábola para criticar a los sectores fariseos, sino para sacudir la conciencia de "algunos" -los de entonces y los de ahora- que se tienen por "justos" porque cumplen la norma, "seguros" de presentarse ante Dios con derecho al cobro por sus buenas acciones, y despreciando a todo aquel que no cumple y su vida no es "como Dios manda".

A Dios no le caen bien, -y creo que a ninguno de nosotros-, los engreídos y orgullosos, los poderosos, los seguros de sí mismos o los que se creen buenos dando por descontado que su vida agrada a Dios y se pasan los días condenando a los demás.

El **Papa Francisco**, que poco a poco y no sin dificultades nos va metiendo por la senda del evangelio, ante la pregunta de un periodista hizo esta afirmación: "¿Quién soy yo para juzgar a un gay?" A todos ha sorprendido esta respuesta sencilla y tan evangélica.

- **Nosotros: ¿cómo nos presentamos ante Dios? ¿Nos presentamos creyéndonos buenos, sin necesidad de perdón, de salvación?**
- **¿Cómo ando de humildad, de sencillez, de simplicidad, de apertura, de sensibilidad?**

**10 - «Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano»**

Dos figuras representativas del judaísmo de la época. Subieron desde la ciudad al monte del templo, desde sus respectivas casas a la "casa del Señor".

El primer personaje es **un fariseo**. En aquel tiempo era tanto como decir una persona admirada y respetada. Cumple la ley y paga los diezmos.

Luego está **el publicano**. Era un recaudador de impuestos. Vive de una actividad despreciable. Se les despreciaba porque estaban al servicio de Roma. Pertenecía al grupo de los pecadores. A pesar de ello, es un hombre religioso porque también acude al templo a orar.

**11-12. El fariseo, erguido, oraba así en su interior:**  
**"¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo."**

Lo hace siguiendo la costumbre de aquel tiempo: puesto en pie. Es la postura de la dignidad y del respeto a sí mismo y a los demás, porque nos permite mirar de frente, a los ojos. Hasta ahí todo va bien. Lo malo es lo que dice en su oración: da gracias a Dios por no ser como los demás.

Sus palabras reflejan un yo hinchado: autosu-

ficiencia, vanidad, engreimiento, soberbia, menosprecio de los demás... estaba como quien dice: **encantado de haberse conocido**. Se dedica a retratar su espléndida figura poniendo como contrapunto, como fondo oscuro, la vida de los demás. Y de querer convencer a Dios de lo buenísima persona que era.

**EL FARISEO DESENMASCARADO** El fariseo se siente seguro ante Dios. Cumple todo lo que pide la ley mosaica y más. Todo lo hace bien. Le habla a Dios de sus «ayunos» y del pago de los «diezmos», pero no le dice nada de sus obras de caridad y de su compasión hacia los últimos. Le basta su vida religiosa.

Este hombre vive envuelto en la «ilusión de inocencia total»: yo no soy como los demás. Desde su vida «santa» no puede evitar sentirse superior a quienes no pueden presentarse ante Dios con los mismos méritos. De ahí su mirada de desprecio hacia el publicano.

"El fariseo de ayer y de hoy es esencialmente el mismo. Un hombre satisfecho de sí mismo y seguro de su valer. Un hombre que se cree siempre con la razón. Posee en exclusiva la verdad, y se sirve de ella para juzgar y condenar a los demás.

El fariseo juzga, condena, clasifica. El siempre está entre los que poseen la verdad y tienen las manos limpias. El fariseo no cambia, no se arrepiente de nada, no se corrige. No se siente cómplice de ninguna injusticia. Por eso, exige siempre a los demás cambiar, renovarse y ser más justos.

Quizás sea este uno de los males más graves de nuestra sociedad. Queremos cambiar las cosas. Lograr una sociedad más humana y más habitable. Transformar la historia de los hombres y hacerla mejor. Pero, ilusos de nosotros, pensamos cambiar la sociedad sin cambiar ninguno de nosotros." (Pagola)

- **¿Me veo reflejado en este personaje en actitudes y comportamientos ante Dios y los demás? ¿En cuales?**

**13 El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo:  
¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.**

Se puede ser un pecador y sentir en lo profundo la necesidad de Dios. Este hombre se esconde en un rincón para orar. Está avergonzado. Por eso reza con los ojos mirando al suelo. Y lo hace con un gesto muy expresivo: se golpea el pecho, el corazón, es decir, la conciencia. Su oración, además,

es bien simple: "Ten compasión de mí, que soy un pecador". No tienen méritos que presentar sino acogerse a la misericordia del Señor. Cuando uno es consciente de su pecado no pierde energías pensando en los pecados de los demás. Es un hombre humilde.

**14 Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»**

Jesús pone a cada uno en su sitio, desenmascarando la religiosidad de cada uno y termina dando una sentencia, como si fuera un juez: el primero salió

como entró. Sólo el segundo quedó justificado. La soberbia lo único que hace es empeorar las cosas. La humildad las remedia.

**EL PILLO REHABILITADO** El recaudador no se atreve a levantar sus ojos del suelo. Se golpea el pecho, pues reconoce su pecado y su vergüenza. Es un funcionario deshonesto y corrupto que no trabaja para el templo, sino para el sistema establecido por Roma. No encuentra nada grato que ofrecer a Dios. Y tampoco promete nada, ni puede restituir, ni dejar su trabajo. Se siente indigno ante los demás y ante Dios. **Solo puede abandonarse a la misericordia y al perdón del Dios.**

Y otra vez Jesús les cambia el enfoque de la vida. Ha pillado a todos por sorpresa. "Este recaudador bajó a su casa justificado por Dios, y aquel fariseo no". Aquel recaudador que se abandona a su misericordia, sin comprometerse siquiera a cambiar su vida, baja a su casa reconciliado con él.

Ante la norma que regía el comportamiento de todo el pueblo: "**Sed santos como Yahvé es santo**", que llevaba a la exclusión de los pecadores y de los pueblos paganos de la cercanía a Dios, Jesús quiere que seamos "**compasivos como vuestro Padre es compasivo**".

El relato no es solo una historia ejemplar sobre la oración sino una invitación **a descubrir la misericordia insondable de Dios**. Y sobre todo nos descubre Jesús cómo Dios reacciona cuando escucha las oraciones, en este caso de dos personas de vida religiosa y moral tan diferente. **El piadoso y el granuja**

Cuando uno actúa como el fariseo, se sitúa ante Dios desde una religión en la que no hay lugar para el recaudador. Cuando uno se confía a la misericordia de Dios, como el recaudador, se sitúa en una religión donde caben todos.

Recuerdo las palabras del **Papa Francisco** en su bula de convocatoria del año de la Misericordia. Es bueno que la hagamos carne en nosotros:

"Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre. El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra. (1)

Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos, signo eficaz del obrar del Padre. (3)

La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia. Todo en su acción pastoral debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia. La credibilidad de la Iglesia pasa a través del camino del amor misericordioso y compasivo". (10)

- **¿Será verdad que la última palabra no la tiene la ley, que juzga nuestra conducta, sino la misericordia de Dios, que acoge nuestra invocación?**